

**Astor**

# **Los guardianes del agua**

Miguel Aranguren

## Capítulo 1

Me llamo Paula, soy enfermera en un hospital de Madrid y siempre soñé conocer África. Como muchos hombres y mujeres a lo largo de la historia, el sueño de África me ha perseguido durante mi vida aun antes de haber puesto mis pies en sus tierras. Desde niña me atrajo el corazón negro del continente, lugares indeterminados de desierto, jungla y sabana, enigmáticos paisajes de belleza cruda que el hombre blanco tardó miles de años en explorar.

Mi abuelo fue cazador, aficionado a la caza de salón para ser más exacta, aunque los domingos se cargaba la escopeta al hombro, tomaba un tren al campo y por las noches regresaba con alguna perdiz en su morral. Pero lo que de verdad le gustaba era leer las hazañas de sus colegas. Tenía una biblioteca cargada con volúmenes de aventuras y de pequeña me pasaba las horas entre esos libros cinegéticos contemplando, sobre todo, las páginas de uno que relataba los lances de los grandes cazadores de principios de siglo que se enfrentaban en las sabanas de Kenia a las fieras salvajes. Habilidosos artistas victorianos trazaron en su interior grabados que reflejaban los avatares de aquellos románticos que se las veían, cara a cara, con hipopótamos de volumen cetáceo y con leones de melena negra.

-¿Algún día me llevarás a África? -le preguntaba a mi abuelo, atacada por una extraña nostalgia, mientras me abrochaba el abrigo antes de regresar a casa.

Pero el abuelo sólo me llevaba al programa doble del cine del barrio, los sábados, junto a mis hermanos. Me aficioné al celuloide y a las películas de aventuras. Mis preferidas eran las del Tarzán que interpretaba el fornido

Weissmuller, al que en una película y en otra repetían en las mismas escenas: aquellas en las que se libraba de la embestida ciega de un rinoceronte o en la que luchaba bajo el agua a golpe de cuchillo contra un cocodrilo.

-¿Cuándo iremos a África? -le insistía al abuelo a la salida, mientras aguardábamos a mi madre en las escalinatas del teatro.

-El próximo sábado volveremos, te lo prometo -me respondía con un cigarro entre los labios-. A mí también me gustan las películas de Tarzán de los monos.

Como mamá siempre se retrasaba, me daba tiempo a imaginarme disfrazada con unos harapos sobre una acacia mientras vigilaba las tribus de caníbales, que intimidaban a sus enemigos colocando cráneos humanos en las puertas del poblado.

-Me veré las caras con los cazadores sin escrúpulos que pretenden apropiarse de los tesoros del Rey Salomón.

Mi abuelo sonreía.

-Las mujeres no van a África, Paula.

-¿Por qué?

-Porque allí hay muchos peligros y enfermedades.

Entonces me preguntaba de qué sirve ser mujer si nuestro destino se reduce a quedarnos en casa tejiendo rebecas de ochos mientras los hombres se marchan en busca de gestas heroicas.

Entristecida por verme obligada a renunciar a mis anhelos regresaba malhumorada a casa, aborreciendo mi suerte hasta que, metida en la cama, hojeaba un tebeo del Jabato donde el héroe se encaraba a unos negros malvados que se adornaban con plumas de avestruz y que conocían los

secretos de la magia. Entonces comprendía que, a pesar de mi sexo y mi debilidad, me esperaban las llanuras inabarcables de África. Sentía un miedo placentero y me dormía escuchando los rugidos de un león que bramaba mi presencia en un mundo misterioso.

Al crecer arrinconé los anhelos de niña, aunque África siguió tendiendo un campo magnético sobre mí.

Los domingos por la mañana la televisión emitía unos documentales sobre la fauna de Kenia y Tanzania, y transformé los decorados de Hollywood, en los que se movía Johnny Weissmuller, por una imagen más contrastada del continente, al que imaginaba como una pradera infinita que recogía las especies animales más bellas. Además, en el colegio las monjas nos hablaban de los misioneros que entregaban sus vidas en países misteriosos, aunque no me interesaba su labor, que relacionaba con la hucha del *Domund* con la que nos mandaban por las calles de Madrid para mendigar la calderilla de los transeúntes; me daba tanta vergüenza...

Hacía años que mi abuelo no salía a cazar, porque ya no le respondían las piernas. Al poco murió, y mis tíos se repartieron sus libros. A mi madre no le tocó en la herencia aquel de los grabados victorianos, así que cuando le enterramos creí, con la conciencia reivindicativa de los quince años, que debía sepultar con él mis sueños infantiles y poner toda la concentración en los chicos y en los estudios. Con los primeros nunca fui afortunada; el físico no me acompaña, lo sé. Sin embargo, terminé el colegio con buenas notas e ingresé

en la escuela de enfermería, donde los cursos se sucedieron a una velocidad de vértigo.

Cuando me gradué conseguí un empleo en La Paz, un gran hospital de la ciudad en la que vivo. Con los años me especialicé en enfermedades vasculares, y hace siete que soy responsable de la planta de Cuidados Intensivos de la Unidad Coronaria.

Manoli Astorga, una compañera, me habló de una película que se acababa de estrenar en la Gran Vía, "Memorias de África". Me acordé del abuelo; hacía tiempo -tal vez desde mi infancia- que no había visto en la gran pantalla una cinta que transcurriese en el continente negro. Me picó la curiosidad y compré una entrada para aquel melodrama sobre la vida de la escritora Karen Blixen. Me conmovió la fotografía de aquellos paisajes, como si el abuelo hubiese echado un anzuelo desde el Cielo para sacar de mi corazón la capacidad de asombro ante aquellas bellezas naturales. Cuando la protagonista volaba en avioneta con su amante sobre la sabana y apagaban el motor para escuchar el rumor de Dios, se me saltaron las lágrimas como a una colegiala. Hubiese dado media existencia por vivir aquella historia, por ser la baronesa y cabalgar a través de los pastizales de las colinas de Ngong, entre manadas de búfalos e impalas. Soñé con seducir a un cazador como Robert Redford, vestido con prendas terrosas y sombrero de ala ancha.

Al día siguiente me compré los libros de Isak Dinesen en el puesto de prensa del hospital, y los devoré durante las guardias de noche. Cada vez que los cerraba, notaba un pinchazo en el corazón, un pellizco de nostalgia como cuando salía del cine con el abuelo y añoraba las junglas de Tarzán, como el que sentiría la vieja danesa al evocar desde Europa sus años en Kenia. Sin

proponérmelo renacía en mi interior el sueño de África, la llamada de su tierra salvaje. Cuando acabé de leer la última página de "Sombras en la hierba", solicité en una agencia todos los catálogos de viajes a Kenia. Me aprendí los itinerarios, los nombres de los parques naturales y de las grandes reservas de vida salvaje. Palabras como masai, jirafa, Aberdare, cafetal, Kilimanjaro..., se cargaron de un sentido evocador y misterioso. Y si unos meses antes no era capaz de ubicar Kenia en un mapa del continente, ahora distinguía en cualquier atlas ciudades como Nairobi y Mombasa.

Hice números. Disponía de dinero para pagarme unas vacaciones de diez días a todo lujo, pero resultaba un sinsentido viajar sola. Mis compañeras de trabajo tenían familia de la que ocuparse, no disponían de ahorros para acompañarme o no les interesaba el plan, así que desistí, guardé los libros y los prospectos, y encerré -una vez más- el sueño de África en un cajón.

Pero el hombre trae al nacer su destino cosido al alma. Aunque con los años éste se difumine como la niebla que esconde los bosques, se queda expectante hasta que surgen los acontecimientos necesarios para restallar. Mi destino lo avivó un niño de siete años. Se llamaba Esinyen, que en lengua turkana significa <<el que nació en la arena>>. Llegó al hospital un mes de abril, poco después de que yo abandonara mis planes para las vacaciones.

Fue toda una sorpresa en La Paz, pues en los años que yo llevaba al frente de la Unidad de Cuidados Intensivos nunca habíamos tenido un paciente venido de tan lejos *ex profeso* para ser operado.

## Capítulo 2

Vino desde el África negra hasta nuestro hospital por mediación de la mujer del doctor Tomé, mi jefe. También es médico, dermatóloga en el hospital del Rey, una antigua clínica de infecciosos donde hasta la posguerra trataron tuberculosos, enfermos de viruela y tifus. Cuando este tipo de bacilos pasaron a ser una anécdota en la historia clínica de España, el centro regeneró sus consultas para atender a los ciudadanos que viven en países tropicales (misioneros, empleados de Embajada y algún que otro loco), que son portadores de paludismo y amebas. Uno de los pacientes de aquella mujer era un viejo misionero curtido en África que, durante uno de sus viajes a Madrid para pasar consulta, le habló del pequeño Esinyen, una criatura que precisaba con urgencia una intervención quirúrgica.

Una mañana, el doctor Tomé nos reunió en su despacho a todo el equipo.

-La próxima semana viene un niño africano -anunció-. Un cura se lo ha traído con una avería bastante grave en el corazón desde un desierto del centro de África.

Estudiamos el informe. La intervención sería larga y con riesgo, pero contábamos con muchas posibilidades de triunfo.

-Será un acontecimiento para La Paz -afirmó Tomé-. La Seguridad Social va a correr con todos los gastos, desde que el muchacho ingrese hasta que le demos el alta. La prensa ya se ha hecho eco del caso y todos seremos reconocidos por nuestra labor.

Así fue; el alcalde visitó a Esinyen y salimos en la televisión con él y con el niño, y nos fotografiaron para todos los periódicos, como cuando en Navidad los jugadores del Real Madrid traen balones firmados para los más pequeños. Comenzaron a llegar regalos que el misionero entregaba a otras instituciones de beneficencia.

-No podemos llevarnos todas estas cosas de vuelta a casa -decía mientras contemplaba los paquetes-. Además, Esinyen nunca ha tenido tantos juguetes; se conformará con cualquier recuerdo.

La noche anterior al ingreso del niño cumplí guardia. Teníamos preparada la habitación en la que, durante tres días, le someteríamos a numerosas pruebas. Después de cenar me acomodé con Manoli Astorga en nuestro despacho, que tiene unos grandes ventanales desde los que controlamos las camas de la Unidad de Cuidados Intensivos. Aunque siempre tenemos algo que hacer -cambiar una sonda, renovar un suero, controlar una máquina...- y no podemos sentarnos por largo tiempo, una radio encendida nos acompaña a lo largo de la noche, voces que de madrugada se acaban haciendo buenas amigas y nos ayudan a aguantar despiertas.

-Fíjate, Paula -dijo mi compañera señalando el transistor-, están entrevistando al misionero.

El padre Paco explicaba al locutor la historia de Esinyen:

<<... Nos lo trajeron a la misión una madrugada de hace siete años. Una mujer tocó a la puerta de nuestra casa. Lo portaba en brazos, tan pequeño y desnutrido que pensamos que no sobreviviría al amanecer. Pero los turkana tienen una fuerza especial, una capacidad de resistencia a las adversidades



por encima de la de cualquier hombre; un niño español con la edad y el cuadro médico de Esinyen llevaría muchas horas muerto>>.

Manoli Astorga aumentó el volumen, con cautela para no molestar a los enfermos.

<<La mujer también era turkana>>.

<<¿Cómo son las mujeres de ese lugar?>>, le interrumpió el locutor.

<<Esbeltas, estilizadas. Apenas visten con una tira de piel de cabra alrededor de la cintura. Aquella se encontró a la criatura junto a un árbol cuando iba de camino a uno de los pozos que horadan en los cauces secos de los ríos. Por la zona donde ocurrió el hallazgo, Esinyen debe ser hijo de alguna doncella nómada aún no prometida en matrimonio, que se vio obligada por sus padres a abandonarlo apenas nacer>>.

-Pobre chiquitín -suspiró Manoli.

<<Somos los únicos misioneros en un área de cientos de kilómetros. La gente nos conoce y nos aprecia, pues les llevamos medicinas y un poco de desarrollo a su pobre sistema de vida, así que la mujer pensó en nosotros, en la misión de los hombres blancos, y anduvo buena parte de la noche para entregárnoslo>>.

<<¿Qué hicieron con el niño?>>.

<<Lo primero, lavarle. Después comenzamos a darle alimento, al principio con sueros y, después, con una mujer vecina de nuestra casa que acababa de parir y estaba bien nutrida como para dar el pecho a dos criaturas; nosotros nos encargamos de que ella comiese en conciencia para que su leche fortaleciera a Esinyen, al que aún no se le había desprendido el cordón

umbilical y la melanina de su piel no había alcanzado el tono azul marino de la gente de este rincón de Kenia>>.

De pronto supe cuál era el país del niño enfermo.

-Kenia es donde me quería marchar de vacaciones -le expliqué a mi compañera-, el país donde transcurre la historia de amor de “Memorias de África”.

Manoli se llevó el dedo índice a los labios para que le dejase escuchar al padre Paco.

<<El pequeño parecía un globo deshinchado al que se le volviese a insuflar aire>>, continuó su narración. <<Poco a poco fue ganando peso, le curamos las infecciones de los ojos, los parásitos intestinales, la anemia, los hongos de la piel... También le bautizamos, pues nos habíamos convertido en sus padres de adopción, aunque se criara en la *manyata* de nuestra vecina>>.

<<Me gustaría saber cuándo apreciaron que tenía el corazón enfermo>>.

<<Cuando aprendió a caminar se quedaba a la zaga de los otros niños de la aldea y se cansaba en demasía. Le examinamos; sufría una dolencia cardíaca severa, pues le faltan las paredes interiores que separan aurícula y ventrículo. Con mucha vigilancia pudimos controlar la evolución de la lesión durante unos años, hasta que nos lo llevamos a Nairobi para visitar a un cardiólogo>>.

<<¿Por qué tardaron años en consultar al especialista?>>.

El padre Paco se rió.

<<Usted nunca ha estado en Turkana. El viaje es muy largo y difícil; hay que surcar tierras áridas en las que abundan los bandidos. Hasta hace dos

años no tuvimos dinero para comprar una furgoneta y dependíamos del transporte público; imagínese: transporte público en un desierto donde los pistoleros burlan a la policía... El cardiólogo nos aseguró que el corazón de Esinyen estaba muy deteriorado. Sólo con una operación podrá vivir sin riesgos>>.